

Newton Compton Editores

Título original: *The Cosmos Keys*

© 2025, Glenn Cooper. Autor representado por IMC, Agencia Literaria S.L.

© 2026, de la traducción por Miquel Gómez Besòs

© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: marzo de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87575-47-2

Código IBIC: FV

DL: B 21.033-2025

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Rafael Medel López

Impreso en marzo de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Glenn Cooper

Las claves secretas del cosmos

Traducción de Miquel Gómez Besòs



Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

*Este libro está dedicado a mi hijo,
Shane Cooper, que concibió la historia
y me la sirvió en bandeja de plata.*

Ni siquiera los propios dioses pueden
alterar las decisiones de las Moiras.

HOMERO,
Ilíada

CAPÍTULO 1

«¿En qué estarían pensando?».

Cada vez que David Birch articulaba su alto cuerpo para entrar en la ciudad subterránea de Derinkuyu, una pregunta le rondaba por la mente. ¿Qué había impulsado a los antiguos habitantes de Capadocia a esculpir un coloso subterráneo en las profundas capas de roca volcánica? ¿Cuántas generaciones de obreros habían trabajado en medio de un aire enrarecido y una luz mortecina, golpeando martillos de piedra contra cinceles de bronce? ¿A quién o a qué temían? Porque, sin duda, solo el miedo podía haber impulsado a toda una sociedad a una tarea tan monumental como esta.

Si bien las credenciales académicas de David eran perfectas para el puesto, sus características físicas no lo eran. Era demasiado alto y tenía los hombros demasiado anchos para recorrer cómodamente los estrechos pasadizos del complejo, pero se había convertido en un experto en agacharse, arrastrarse y contorsionarse para llegar a las cámaras más bajas en lo que él llamaba su trayecto diario al trabajo. Cuando llegó a Derinkuyu, tardaba media hora en descender. Ahora podía cruzar a toda velocidad el gélido laberinto en la mitad de tiempo. En la superficie, el intenso calor del verano y la dura luz del sol del centro de Turquía calcinaban y blanqueaban la tierra, pero la parte inferior de la antigua ciudad era tan fría como una nevera.

Una vez en su puesto de trabajo, que era poco más que un simple escritorio de madera iluminado por una bombilla desnuda, se enfundó un chaleco y unos guantes de forro polar antes de que el sudor helado le provocara un escalofrío.

–Buenos días, Mazhar –dijo–. ¿Cómo ha ido el fin de semana?

Su colega estaba encorvado sobre una estantería de instrumentos electrónicos. Era rechoncho y tenía un torso como el tronco de un árbol.

–No tan bueno como el tuyo, te lo aseguro.

–¿Seguro? Cené con Peter y Hakan viernes, sábado y domingo, leí un poco, escribí otro poco y me fui a la cama solo todas las noches. No estuvo mal, pero yo no lo llamaría bueno.

–Pues bien, amigo mío, yo he tenido que arreglar el retrete y la ducha en casa de la madre de mi mujer –dijo Mazhar levantando sus ojos negros como el carbón–. No he tenido tiempo de mucho más.

–No sabía que fueras fontanero –se rio David.

–Mi mujer y mi suegra creen que mi título de ingeniero me cualifica para instalar tuberías.

–Eres ingeniero geólogo. La última vez que lo comprobé, las tuberías no estaban hechas de piedras.

–Presenté alegaciones, pero, desgraciadamente, perdí. Al menos logré que el váter descargara en la dirección correcta. Debo decir que me alegré de poder escapar de Ankara. Por cierto, ¿has visto lo que hizo el Congreso de tu Estados Unidos el viernes?

–No –dijo David sacudiendo la cabeza–, pero, para serte sincero, el pasado me interesa más que el presente.

Mazhar dejó escapar una risita.

–¿Y qué hay del futuro?

–El futuro que se cuida solito.

Mazhar tomó unos alicates de punta de aguja de su caja de herramientas y dijo:

–En eso estamos de acuerdo.

Mazhar Erduran era el compañero de David en el proyecto oficialmente conocido como «Excavaciones y Análisis Avanzado de Imágenes en la Ciudad Subterránea de Derinkuyu – Programa Cooperativo de las Universidades de Harvard

y Hacettepe». David, un catedrático de Arqueología de Oriente Próximo en Harvard, aportaba sus vastos conocimientos arqueológicos. Mazhar, las geociencias. David tenía cuarenta y seis años y, aunque solía pasar por un hombre más joven, había dejado atrás la etiqueta de niño prodigio que le habían colgado al inicio de su carrera. Una emblemática foto en el National Geographic tomada en una excavación cuando era un joven profesor asistente lo había convertido en una estrella del *rock* entre el gremio de la paleta y la pala. Estaba de pie, junto a una escultura siria de la edad de bronce acabada de desenterrar, mirando al objetivo con sus ojos intensamente azules, el viento enredándole su pelo amarillo y la camisa de trabajo abierta hasta la cintura, dejando al descubierto su marcada musculatura.

Nadie tiene ese aspecto eternamente. Con los años, había engordado unos kilos y su pelo se había ido aclarando en su lenta travesía hacia las canas. Seguía llevándolo largo, pero en público lo mantenía recogido en una discreta coleta. El profesor titular era menos descarado y más comedido que su yo de juventud, y la geopolítica y las guerras habían ralentizado el vertiginoso avance de sus primeros años de carrera. Había hecho méritos con el descubrimiento de un templo hitita en Siria y tenía planificados años de trabajo cuando la guerra convirtió el país en una zona prohibida. Como hombre cuya taza de café proclamaba: «Cavo, luego existo», había reorientado su investigación hacia la algo más segura geopolítica de Anatolia. A nadie en su campo le sorprendió que acabara convirtiéndose en un destacado experto en la Edad de Bronce de Turquía.

Excavar en Derinkuyu figuraba en su lista de deseos. El yacimiento se encontraba en el ondulado paisaje del Valle del Amor, en Turquía central, entre profundos cañones rojos y cónicos pilares de roca con forma de hongo esculpidos durante eones por la erosión. Nadie sabía quién había construido la ciudad subterránea ni por qué se había construido,

ni siquiera cuándo, y David aspiraba a resolver el enigma. Se puso en contacto con todos los sospechosos habituales en busca de financiación –organismos gubernamentales y fundaciones privadas–, pero no consiguió reunir el dinero necesario para abordar el problema a gran escala hasta que un hombre llamado Binnur Oguz se enteró de su proyecto a través de alguien del Ministerio de Cultura y Turismo turco. En un alarde de riqueza y arrogancia, Oguz envió su jet privado para llevar a David a St. Louis. Durante la cena, el empresario turcoestadounidense, que había amasado su fortuna con la fabricación de cemento, escuchó la propuesta de David y le preguntó por qué no tenía un socio turco. David había pensado inicialmente en un geocientífico británico, por lo que tuvo que pensar con rapidez. Conocía a Mazhar Erduran a través de artículos de revistas, así que mencionó su nombre durante la cena.

David siempre recordaría el momento mágico que se produjo fuera del restaurante al final de la velada. Había estado cayendo nieve de un cielo negro, cubriendo de blanco la acera. Si hubiera estado solo, habría sacado la lengua para atrapar un copo perfecto y enorme, pero estaba con un hombre de negocios rico enfundado en un abrigo de cachemira que valía más que todo lo que tenía en su armario. Así que se limitó a esperar que su anfitrión diera su veredicto, imaginando que no se comprometería.

–No tiene sentido tenerte esperando mi respuesta –le espetó Oguz–. Me complace decirte que mi talonario de cheques está abierto y que mi bolígrafo está preparado para firmar. Si se tratara de una nueva aventura empresarial, exprimiría cada dólar que sobrara del presupuesto y volvería loco a todo el mundo. Pero esto no es un negocio. Es patriotismo. Se trata de mi amor por América y mi amor por Turquía. Cubriré el presupuesto en su totalidad. Que el mundo vea las maravillas antiguas que surgieron en mi tierra natal y lo que los científicos estadounidenses y turcos pueden lograr juntos.

Ahora, más de dos años después, David oyó unas voces procedentes del pasadizo que conducía a la cámara de trabajo.

–Ya están aquí –dijo entusiasmado.

Cada vez que Mazhar sonreía, su espeso bigote invertía su rizo hacia abajo.

–¿Es que lo has olvidado? Los mineros no llegarán hasta última hora de la mañana. Son los estudiantes.

–Mierda, mierda, mierda –dijo David, cerrando el portátil de un manotazo.

–Sí, pero ¿cómo te sientes en realidad? –le preguntó su colega.

–Llevamos un mes en la obra y vamos muy retrasados –se lamentó David–. Oguz vendrá dentro de una semana, y no sé qué tendremos para mostrarle.

–No te preocupes. Le encandilaremos con nuestros intelectos. De todos modos, piensa en esto como un retraso virtuoso –dijo Mazhar–. ¿Acaso no somos educadores?

David agitó un dedo.

–No lograrás que argumente en contra de la educación. Son estudiantes universitarios, ¿verdad?

–Sí, sí. Todos del departamento de arqueología de la Universidad de Ankara. Conozco a su profesora, Nur Celal. Es una mujer muy guapa, y soltera, como tú. Puedo hablarle bien de ti.

–Lo tendré en cuenta la próxima vez que vaya a Ankara –dijo David secamente.

Mazhar sonrió.

–No hará falta. Ha venido hoy.

Peter Andreeson, un estudiante de posgrado larguirucho y desgarbado de Harvard, condujo al grupo de visitantes hasta la cámara. Los estudiantes aparecieron uno a uno, vestidos con vaqueros y sudaderas. Su profesora, la doctora Celal, se incorporó del caminar de rana que requería el tramo final y se acercó a saludar a Mazhar. Era canosa y arrugada por el sol, y tenía más de setenta años.

–Dr. Birch –dijo extendiendo una mano liviana como una pluma–, gracias por permitirnos esta visita. Es todo un honor. He estado aquí como turista, pero nunca como arqueóloga. Como sabrá, Derinkuyu es demasiado antiguo para mí. Yo me dedico al periodo otomano.

Mientras David charlaba con ella, Mazhar le guiñó un ojo a sus espaldas. Lo de emparejarlos era lo que él entendía por una broma, parte de su numerito de tratar de encontrarle al soltero de oro una buena mujer turca.

El calvo precoz Hakan Yavuz, uno de los posgraduados de Mazhar, hizo pasar a los últimos estudiantes y David se lanzó a darles una bienvenida improvisada.

–¿Alguno de vosotros había estado antes en Derinkuyu?
Todos asintieron.

–Entonces ya conocéis lo básico –dijo–. Nos encontramos en un lugar muy poco convencional, una ciudad subterránea lo suficientemente grande como para albergar a más de veinte mil habitantes durante meses o quizá años. Pensad en ella como un rascacielos invertido. Las escaleras y rampas por las que habéis bajado os han llevado a una profundidad de noventa metros, al más profundo de los diecinueve niveles conocidos de túneles y cámaras. Solían ser dieciocho. Tuvimos la suerte de encontrar el decimonoveno, accesible por una escalera de aluminio. En la antigüedad lo más probable es que hubiera una de madera. Habéis accedido al complejo a través de la entrada de nuestra excavación, que está a un kilómetro de la entrada para turistas. Probablemente haya cientos de formas de acceder a la ciudad, la mayoría sin descubrir. Derinkuyu era desconocida para el hombre moderno hasta 1963, cuando un propietario local que estaba reformando su casa encontró un pasadizo detrás de una pared que seguía y seguía y seguía. Un equipo de arqueólogos turcos descubrió una red de viviendas, establos, escuelas, bodegas y capillas, todo ello alimentado por un ingenioso sistema de pozos de ventilación y conductos de agua. Se trataba de una ciudad

fácil de defender. Los túneles podían bloquearse desde el interior con puertas de piedra rodantes que pesaban quinientos kilos. Los pasos se estrechaban deliberadamente para poder hacer frente a un enemigo invasor formando una sola fila. ¿Alguien sabe quién construyó Derinkuyu?

Nadie levantó la mano.

–De hecho, esa es la respuesta correcta –dijo David entre risas–. No se sabe. Nuestra mejor estimación es que los primeros constructores fueron los hititas de la Edad de Hierro, alrededor del año 1200 a. C., posiblemente para protegerse de los invasores frigios. Como sabéis, los hititas prosperaron en la antigua Anatolia hasta que los frigios los barrieron del mapa. Los frigios dominaron esta región hasta alrededor del año 600 a. C., cuando entraron en escena sucesivas oleadas de conquistadores persas y griegos. Es probable que Derinkuyu se utilizara como santuario. Como puerta entre Oriente y Occidente, Capadocia siempre ha ostentado una posición estratégica a lo largo de la historia de la humanidad y ha sufrido por eso oleadas de invasiones. Es probable que cada nueva amenaza incentivara a los capadocios a ampliar los túneles de Derinkuyu a fin de dar cabida a un mayor número de refugiados. Tras el periodo grecorromano, el Imperio cristiano bizantino se hizo con el dominio. Durante el siglo VII, cuando el Imperio selyúcida musulmán asediaba a los bizantinos, Derinkuyu fue probablemente utilizada como refugio para hasta veinte mil cristianos. No estamos del todo seguros de muchos detalles de lo que os acabo de relatar, porque se hallaron muy pocos objetos durante las excavaciones de la década de 1960. A lo largo de los siglos, los saqueadores fueron limpiando el lugar.

La Dra. Celal levantó educadamente la mano.

–Profesor Birch –dijo–, ¿podría explicarnos los objetivos principales de su campaña?

David agradeció la pregunta, ya que le permitía pasarle el testigo a Mazhar y volver al trabajo.

–La única forma de averiguar qué culturas construyeron y ampliaron Derinkuyu es encontrar partes de la ciudad a las que los saqueadores no hayan llegado nunca –afirmó–. Creemos que hay muchas posibilidades de que existan túneles y cámaras aún sin descubrir con abundancia de objetos, y ahí es donde entra en juego el profesor Erduran.

En cuanto David se retiró a su escritorio, Mazhar cambió al turco e invitó a los estudiantes a reunirse en torno a las estanterías donde guardaba el equipo.

–Esta máquina sirve para hacer radiografías de muones –señaló–. La muografía es una técnica de imagen que utiliza la capacidad de penetración de unas partículas elementales llamadas muones, similares a los electrones, pero con una masa doscientas veces mayor. Los muones se producen cuando los rayos cósmicos que golpean continuamente la superficie de la Tierra desde todas las direcciones chocan con la atmósfera terrestre. Con este dispositivo, podemos trazar la trayectoria de los campos de muones y generar un mapa de su transmisión a medida que las partículas atraviesan las superficies que investigamos. A semejanza de los rayos X utilizados para explorar el organismo, recurrimos a la muografía para examinar las estructuras rocosas y podemos elaborar hermosos mapas tridimensionales de las cavidades que encontremos. En Egipto, la muografía se ha utilizado para descubrir pasadizos ocultos en el interior de las pirámides. Aquí, en Derinkuyu, buscamos nuevos túneles y cámaras laterales, o bajo áreas conocidas de la ciudad. En caso de hallarlos, corresponderá a los arqueólogos hacer lo que mejor saben hacer.

Uno de los alumnos preguntó:

–¿Habéis encontrado algo ya?

–De hecho, así es –respondió Mazhar–. Esta misma cámara era desconocida antes de la excavación actual. Cuando empezamos, hicimos un escaneado de muones desde la cámara situada sobre nuestras cabezas, en el que se creía que era el

nivel más bajo del complejo de Derinkuyu. Acercaos a mi pantalla. Dejad que os enseñe lo que hemos encontrado. ¿Lo veis? Aquí están los huecos identificados por los escáneres. Sin embargo, no hemos logrado encontrar la forma de bajar a este nivel. Lo más probable es que haya un camino hacia el este, pero aún no lo hemos localizado. Así que creamos nuestro propio camino, excavando a mano a través de dos metros de roca volcánica hasta que irrumpamos en el túnel que hay justo allí. La escalera por la que acabáis de bajar tendrá que ser suficiente hasta dar con la rampa que construyeron los antiguos. Por supuesto, confiamos en encontrar el tipo de objetos que harán feliz al profesor Birch, pero los túneles y las cámaras permanecen vacíos.

Otro estudiante preguntó:

—¿A dónde se llega desde aquí?

—Queremos hacer exploraciones adicionales. Por desgracia, nuestro equipo sufrió un pequeño impacto al bajarlo hasta aquí. Estamos esperando a que nos llegue una pieza de repuesto de Alemania. En cuanto la tengamos, empezaremos a escanear directamente bajo nuestros pies para ver si hay niveles aún más profundos. Hasta entonces, el profesor Birch está interesado en explorar la zona al este de aquí, ¿no es así, David?

David se levantó de su silla plegable y dijo:

—¿Ya me devuelves la pelota? ¿Veis ese pasadizo de ahí? Hay un camino sin salida a unos cien metros al este. Parece que un derrumbamiento en una época pasada aún por definir bloqueó el túnel. Despejar esa obstrucción es un trabajo peligroso, así que hemos contratado a una cuadrilla de mineros del carbón. La idea es explorar las nuevas áreas y utilizar la muografía para cartografiar las zonas circundantes y otras más profundas.

—¿Podemos ver la parte obstruida? —preguntó un alumno.

—No hay mucho que ver, pero Peter y Hakan os pueden guiar a través del túnel. Si a la profesora Celal le parece bien,

podríamos invitaros de nuevo al final de la temporada para que veáis lo que encontramos al otro lado.

—¡Eso sería fantástico! —exclamó ella—. Qué oferta tan generosa.

Los mineros del carbón procedían de Manisa, en el oeste de Turquía, el triste escenario de un incendio subterráneo que en 2014 se cobró trescientas vidas. Los hombres estaban animados. En comparación con su trabajo habitual, esta labor sería más leve y cobrarían el doble. Con Hakan como traductor, David les puso al corriente y los hombres se organizaron en tres equipos: uno para excavar los escombros, otro para transportar las rocas en carros estrechos a través de los túneles y otro para elevar los escombros al nivel superior con un cabrestante manual, un sistema de la vieja escuela por el que optó su capataz. Desde allí, serían transportados a uno de los pozos de ventilación de la cueva, donde un segundo cabrestante accionado por un generador los llevaría a la superficie. Tras unas horas de trabajo, David anunció que estaba impresionado por la eficacia de los mineros y que esperaba que no los necesitaran en toda la semana.

Cuando faltaba una hora para terminar la jornada, Peter salió del túnel en el que había estado supervisando la retirada de escombros y pronunció una única y poderosa palabra.

—Huesos.

David se irguió de un salto.

—¿Dónde?

—A un metro de donde empieza el derrumbamiento.

—¿De qué tipo?

—De la parte inferior de una extremidad.

—Vamos, suéltalo ya —dijo David ahogando un grito—. ¿De qué especie? ¿Cabra? ¿Oveja? ¿Cerdo?

—Ninguna de las anteriores. Humana.

—Sé que no bromeas, porque te mataría si lo hicieras.

David atravesó el túnel, pasando junto a los mineros, que

estaban apoyados en las paredes del túnel, murmurando, y se echó de rodillas a fin de inspeccionar los blancos huesos que habían quedado al descubierto. Una tibia y un peroné descansaban en su posición anatómica correcta junto a un trozo corto de fémur fracturado que sobresalía de las rocas. Cerca había una rótula.

–Está estirado hacia atrás –dijo David con entusiasmo–. Seguro que el pie estará bajo las rocas.

–Esperemos que con el resto del hombre –dijo Peter.

David no puso en duda la identificación del sexo por parte de Peter. Los huesos eran gruesos y robustos. Era la pierna de un hombre.

–¿Te lo puedes creer? –dijo David, excitado–. ¿Huesos humanos? Los primeros restos humanos jamás descubiertos en Derinkuyu.

–Supongo que es mejor tener suerte que ser bueno –dijo Peter.

–Ya lo dijo Thomas Jefferson: «Creo mucho en la suerte. Cuanto más trabajo, más tengo». Necesitamos una estrategia para limpiar los escombros sin machacar a nuestro nuevo amigo. Consultémoslo con Mazhar y Hakan, y luego demos instrucciones a los mineros. En ese momento, David distinguió algo cerca de la rótula y señaló con un bolígrafo.

–¿Qué es esto? ¿Madera?

–Sí, es madera –dijo Peter–. Hay otro pedazo ahí y otro ahí, y creo que esto son trozos de cáñamo.

El capataz de los mineros se dio cuenta de lo que estaban observando y bramó:

–¡Afedersiniz! (*disculpen*).

Había visto un trozo de algo que sobresalía de la pared de escombros y, sin preguntar, levantó un gran fragmento de roca, dejando al descubierto un pedazo de madera marrón oscuro del tamaño y grosor de un bate de béisbol.

El minero señaló con un dedo grueso y mugriento hacia arriba.

David siguió la dirección del dedo y tomó aire sorprendido.

–Los arqueólogos tienen un problema –murmuró–. Siempre mirando abajo.

Sobre sus cabezas había un vacío oscuro en el techo del túnel, de un metro de largo y tan ancho como el propio túnel.

–Lo han desenterrado del nivel superior al nuestro –dijo Peter–. ¿Por qué no lo vimos cuando estábamos arriba?

–Probablemente no conecta con ningún túnel cartografiado –comentó David–. Lo más seguro es que se pueda acceder a él desde una entrada que nadie ha descubierto todavía.

–Traeré una escalera para ver qué hay ahí arriba –añadió Peter.

–Sí, tenemos que ver qué hay ahí –dijo David–, pero con tanta madera y tanta cuerda, sin duda se trata de una estructura intencionada. Estas cavernas tienen múltiples rocas rodantes para bloquear los túneles a los intrusos, pero se tarda un rato en reunir a los hombres necesarios para hacerlas rodar hasta su posición. No es algo que se pueda hacer en caso de emergencia, con apenas unos segundos para reaccionar. ¿Y si los defensores de la cueva hubieran excavado la roca desde arriba, construido un almacén de madera y cuerdas y vuelto a colocar los escombros sobre él? Si se acercaran los intrusos, los defensores podrían liberar el almacén mediante algún mecanismo y los intrusos no podrían entrar o, si estuvieran demasiado cerca, quedarían aplastados.

–Si estás en lo cierto, ¿sabes lo que eso significa? –dijo Peter.

David respondió enérgicamente.

–Significa que podría haber algo importante al otro lado de esos escombros.

Su solución para proteger los huesos fue construir una plataforma de madera sobre el esqueleto lo bastante fuerte para

que los mineros pudieran ponerse de pie sobre ella mientras retiraban los escombros. A medida que los retiraban, se iba ampliando la plataforma. Al día siguiente, los hallazgos se sucedieron y, tras cada nuevo descubrimiento, Peter llamaba a David.

Un hallazgo en particular causó una confusión momentánea, porque ¿dónde se ha visto a un hombre con tres piernas? Pronto surgió de entre los escombros un segundo esqueleto masculino. También este tenía huesos rotos y aplastados. Los huesos de los pies de ambos esqueletos estaban envueltos en unas sandalias de cuero intactas con finas correas en los tobillos. Había fragmentos de lana roja adheridos a las costillas y la pelvis. Finalmente, los mineros descubrieron dos grupos de vértebras cervicales y dos cráneos aplastados. Mientras Peter inspeccionaba los huesos, uno de los mineros retiró los escombros a menos de un metro de los cráneos y descubrió otros dos objetos: una espada de bronce y un monedero de cuero aplastado.

Los mineros se tomaron un descanso para fumarse un cigarrillo, mientras David y Mazhar se apresuraban a inspeccionar los últimos hallazgos. Después de que Peter hiciera fotos de los objetos en el lugar donde fueron encontrados, David levantó la espada y se maravilló ante su superficie reluciente.

–¿De qué tipo es? –preguntó Mazhar.

–Es una típica espada griega xifos –respondió David–. De una mano. Con doble filo. Ideal para el combate cuerpo a cuerpo. Mírala. Está en perfectas condiciones.

–Aquí abajo el ambiente es fresco y seco –señaló el geólogo–. En estas condiciones, el bronce queda protegido de la oxidación y la corrosión. ¿Sabes de qué época es?

–De la Edad de Bronce –respondió David.

–Muy gracioso –dijo Mazhar.

–Obviamente, esperaríamos encontrar objetos de los constructores originales de Derinkuyu –continuó David–, pero

estos de aquí no son hititas. Se trata de un xifos, una espada griega, o tal vez persa, de doble filo. Podría ser desde el año 800 a. C. hasta la era común. Para acotar, tendremos que hacer una datación por radiocarbono de los huesos, el cuero, la madera y el cáñamo.

Volvió a colocar la espada en su posición original, cogió el monedero y lo sopesó.

–No te lo vas a creer –dijo–. Creo que puede contener monedas.

Una vez en su mesa, David se puso los guantes, separó con cuidado los cordones de cuero y dejó caer tres monedas sobre la palma de la mano: dos de plata y una de bronce, todas parecían recién acuñadas. La moneda de bronce tenía una circunferencia irregular con un busto de mujer en uno de sus lados. En el reverso había un ciervo. Las monedas de plata eran más grandes, con un hombre de pelo largo en una cara y una mujer de pie sosteniendo una lanza y un escudo en la otra.

–Si las identificamos, tendremos una idea más clara de la datación –dijo David.

–Aquí abajo no hay internet –respondió Peter–. Déjame hacer unas fotos y subir a la superficie.

Peter se ausentó una hora larga. Durante la espera, fue pasando un continuo reguero de mineros que transportaban carros de escombros hasta el sistema de cestas y poleas. Hakam se había quedado vigilando la pila de escombros y llamó a Peter cuando encontraron una segunda espada. Mientras David la estaba inspeccionando, Peter volvió con unas capturas de pantalla que había hecho arriba.

–¡Vaya! Otro xifos –dijo.

–¿Has tenido suerte? –preguntó David.

Peter sacó el teléfono.

–Mira esto. Las monedas de plata son dracmas con la imagen del rey Ariarates IV, rey de Capadocia –dijo–. Están data das en torno al 200 a. C., con un margen de unos pocos

años. Las monedas de cobre con la imagen de la diosa Artemisa proceden de la misma época.

—¿Ariarates era griego o persa? —preguntó David.

—Procedía de una larga estirpe de ascendencia persa.

David juntó las yemas de los dedos.

—Así que, hace unos dos mil doscientos años, dos soldados, que, a juzgar por sus espadas, podían ser griegos helénicos o persas capadocios, con monedas locales en la bolsa, bajaron al nivel posiblemente más bajo de Derinkuyu y cayeron en una trampa mortal. ¿Qué narices estaría pasando?

Mientras hablaban, irrumpió Osman, el capataz, gritando en turco.

Mazhar levantó la vista de su banco de trabajo y dijo:

—Dice que han encontrado a un minero.

—No entiendo —respondió David—. ¿Había perdido a uno de sus hombres?

Mazhar hizo la pregunta en turco y transmitió la respuesta.

—Los huesos de un minero.

Un metro más allá de los esqueletos completos de los dos hombres aplastados, otro par de huesos de antebrazos y unas manos yacían frente a los escombros.

—Una tercera persona —comentó David con discreción—. ¿Por qué dice que se trata de un minero?

El capataz sonrió y mostró su lado más teatral, acercándose a la gorra que tenía en el suelo y levantándola para dejar al descubierto un grueso objeto negro.

David se inclinó sobre él.

—Es la cabeza de un pico de hierro —dijo—. ¿Ves esto? Está enastada con resina y tendones a un mango de madera que probablemente esté enterrado bajo la pila. Esto es increíble.

Justo en ese momento, una roca del tamaño de la cabeza de una oveja se desprendió de la pared de escombros. David la detuvo con el pie antes de que pudiera rodar sobre los huesos recién expuestos del brazo.

–¡Dios! –exclamó, echando un vistazo al espacio que había ocupado la roca–. ¡Más hierro! –Lo iluminó con la linterna y tocó su negra y rugosa superficie–. Es una barra que se extiende hacia el interior de la pila. Peter, ¿tenemos madera suficiente para extender la plataforma sobre otro esqueleto?

–Tenemos de sobra.

–Mazhar, ¿puedes decirle a Osman que tenga cuidado con la barra? Sin duda caerá sobre los huesos cuando quiten las rocas que hay debajo.

Mazhar intercambió unas palabras con el capataz y respondió:

–Dice que no hay problema. Cree que se están acercando al final del derrumbamiento. Puede que solo falten tres metros.

–¿Por qué lo cree? –preguntó David.

–Dice que el sonido de los golpes de los picos contra los escombros es cada vez más agudo. Son hombres experimentados.

A última hora de la tarde, David se encontraba solo en la cámara de trabajo. Mazhar y Hakan habían subido a la superficie para arreglar el maltrecho generador y Peter se había quedado en el túnel. Cuando Peter entró, David notó inmediatamente los ojos brillantes y el andar desorientado de su alumno.

–¿Estás bien?

Peter asintió con la cabeza.

–Se han abierto paso.

–¿Has asegurado el tercer esqueleto?

–La plataforma está terminada.

–¿Qué hay de la barra de hierro?

–Es larga, casi tres metros.

–¿Es por eso por lo que te comportas de forma extraña?

–No, no es por eso. Voy a enviar a los mineros arriba –dijo Peter.

–¿Han acabado de limpiar lo que quedaba?

–Tendrán que volver mañana por la mañana. No quería que vieran lo que acabo de encontrar. No podemos permitirnos que hablen.

Los mineros empezaron a retirarse, llevando consigo sus fiambreras y sus orinales, y se dirigieron a la salida.

–¿Se puede saber qué has encontrado?

–Hay una cámara más allá de la obstrucción. Trae la linterna.

David lo siguió, avanzando a trompicones sobre la plataforma de madera, hasta que llegaron al otro lado de la obstrucción. El túnel se extendía otros diez metros antes de abrirse a una espaciosa y tosca cámara del tamaño de su zona de trabajo.

David la exploró con la linterna. La cámara no tenía salida y estaba vacía, excepto por la sudadera de Peter, que estaba extendida en el suelo cubriendo algún objeto.

Peter levantó lentamente la prenda y se apartó para que su jefe pudiera verlo por sí mismo. David se arrodilló, encendió la linterna e instintivamente retiró los restos más finos con el pañuelo. Pasó un minuto en silencio y, después, otro.

Cuando por fin se puso en pie, se giró hacia su alumno y le dijo:

–Lo siento, pero es completamente imposible.

CAPÍTULO 2

Cuando Binnur Oguz llegó a Derinkuyu, quedó muy claro que nunca había visitado una excavación arqueológica, porque se presentó vestido con ropa más adecuada para un yate. David condujo el destartado carrito de golf de la excavación para reunirse con él en el pabellón turístico de Derinkuyu, y se abstuvo de hacer comentarios sobre los elegantes pantalones, el polo y los zapatos náuticos sin calcetines de su invitado. Le preguntó si tenía un jersey en el coche. Oguz respondió que no, pero aseguró a David que estaría bien.

–Vivo en St. Louis. Nuestros inviernos son terribles. Y bien, David, ¿habéis hecho algún progreso?

–Diría que hemos conseguido los primeros logros –respondió David, conteniendo sus emociones.

–Cuéntame.

–Si le parece bien, prefiero enseñárselo en vez de contárselo –dijo, pisando el acelerador y avanzando a sacudidas por la llanura hacia la entrada de la expedición a la cueva.

Tardaron un rato en descender. Aunque Oguz apenas tenía sesenta años, su estado físico dejaba que desear. Tenía una barriga prominente, mal equilibrio y problemas de visión con poca luz. El recorrido no era demasiado difícil, salvo por el tramo final con la escalera, y David temía que Oguz resbalara y se hiciera daño.

–¿Una escalera? ¿En serio? –comentó Oguz, asomándose al agujero.

–Estoy seguro de haberlo mencionado –respondió David.

–No me imaginé que fuera tan larga. No importa. Ya me apañaré.

En la cámara de trabajo, el equipo se puso en fila para el apretón de manos. Oguz charló con Mazhar en turco y se cubrió con los brazos para protegerse del frío. David le ofreció su polar y Oguz lo aceptó.

—Madre mía, qué frío hace aquí abajo. Podrías haberme avisado. Ni siquiera llevo calcetines.

David le había enviado instrucciones detalladas, pero no había previsto que Oguz era de los que tan solo leía por encima sus correos electrónicos. A pesar de ello, se disculpó diplomáticamente por cualquier error de comunicación. Por iniciativa propia, Hakan se quitó los calcetines y los ofreció como donativo para la causa.

—Muy amable —dijo Oguz, dejando caer sus posaderas sobre la silla de David—. Bueno, enseñadme lo que habéis encontrado. Quiero ver lo que ha comprado mi dinero.

—Es por ese túnel —dijo David.

—¿Más caminatas?

—No está lejos.

Condujo a Oguz por el pasadizo, ahora bien iluminado por una hilera de bombillas. Los escombros se habían quitado por completo y una lona cubría los restos humanos. David la retiró con cuidado para revelar un retablo de muerte, congelado en un instante del tiempo. Los tejidos blandos habían desaparecido en su mayor parte, salvo algunos fragmentos de piel acartonada aquí y allá y mechones de pelo adheridos a los aplastados cráneos. Trozos descoloridos de tela roja salpicaban los huesos de los portadores de espada. Fragmentos de tela azul estaban adheridos al esqueleto que el capataz había calificado de minero.

—Vaya, vaya, ¿qué es lo que tenemos aquí? —preguntó Oguz complacido. David añadió más luz con su linterna.

—Se trata de tres esqueletos masculinos, los primeros restos humanos hallados en Derinkuyu. Los encontramos bajo un gran montón de escombros de piedra. Si mira hacia arriba, verá que falta una sección del techo del túnel.

—¿Estaban excavando aquí? ¿Fue un accidente?

—No fue un accidente —aseguró David—. Por lo que sabemos, estos dos hombres armados con espadas seguían a este hombre con un pico. Por encima de sus cabezas había una trampa mortal. Las piedras del túnel sobre nosotros se habían excavado y cargado en un armazón hecho de madera y de un entramado de cuerda que tapaba el agujero. ¿Ve todos estos trozos de madera y los manojos de fibra de cáñamo? Eso es lo que queda del entramado. ¿Ve esta larga barra de hierro? Mi suposición es que la barra estaba colocada a través del montón de escombros, apoyada contra los travesaños centrales del armazón. Si los invasores entraban en esta parte del complejo, alguien situado encima podía golpear la parte superior de la barra con un mazo, rompiendo el entramado y liberando las rocas para bloquear el túnel. Pero no creo que eso fuera lo que ocurrió aquí.

—Entonces, ¿qué fue? —inquirió Oguz.

—Creo que los portadores de espadas perseguían a un hombre, pero no había nadie en la parte de arriba para soltar la trampa. Así que el perseguido intentó salvarse utilizando el pico para romper el armazón desde abajo. Consiguió romperlo, pero no apartarse a tiempo. Los tres murieron aplastados.

—¿Por qué lo perseguían?

—No hay forma de saberlo.

—¿Fueron ellos los que construyeron Derinkuyu?

—Lo que sucedió aquí ocurrió miles de años después de que se construyera el complejo. A juzgar por sus espadas, estos dos podrían haber sido griegos o persas. Su monedero contenía monedas del 200 a. C. con el retrato de un rey persa que gobernó esta parte de Capadocia.

—¿Y qué hay del tipo al que perseguían?

—Creo que era griego.

—No me hace mucha gracia oír eso —exclamó Oguz—. Esta excavación tiene como objetivo destacar los logros de nuestros antepasados anatólios, ¿y vosotros os ponéis a encontrar

romanos? ¿Y grigos? Por el amor de Dios. ¿Por qué dices que era griego?

David conocía bien las susceptibilidades históricas entre griegos y turcos, así que hizo caso omiso de los comentarios de Oguz.

—Creo que es griego por otro objeto que hemos encontrado cerca.

A David le temblaban las manos cada vez que se acercaba a ese objeto. No podía hacer nada para evitarlo. Estaba seguro de que Oguz se había dado cuenta, así que dobló los dedos para aplacar el temblor.

—Si pasa con cuidado alrededor de los huesos, se lo mostraré.

Un foco sujeto a un trípode iluminaba el espacio, los ojos desenfocados de Oguz escudriñaron la cámara rectangular.

—¿Adónde nos lleva? —preguntó.

—A una cámara sin salida —respondió David—. Estaba vacía, salvo por esto.

El objeto estaba cubierto por una simple caja construida a partir de la plataforma de madera. David la apartó y alumbró el objeto con su linterna, haciendo que su superficie de color oro miel destellara.

Oguz dejó escapar una sílaba gutural.

—En el nombre de Dios, ¿qué es eso?

David midió sus palabras.

—Algo que no debería existir.

Gracias al entorno protector de Derinkuyu, el antiguo metal brillaba tanto como el día en que había quedado sepultado. La placa de bronce era un cuadrado de veinte por veinte centímetros incrustado en una caja de ciprés oscuro de quince centímetros de altura. Tres lados de la caja tenían agujeros del diámetro de un lápiz.

La superficie de la placa estaba grabada con un mapa delicadamente trazado que representaba los contornos de las masas de tierra y los océanos. Elevándose desde un océano central había una serie de flechas de bronce de varias longitudes sujetas

a un radio. Los océanos no estaban decorados con pictogramas de olas o criaturas marinas, como se ve a menudo en los mapas antiguos, sino con líneas de letras grabadas.

Oguz se acuclilló para ver mejor y dijo:

–Lo siento, pero no entiendo lo que estoy viendo.

Las manos de David temblaban de nuevo. Esta vez, no intentó ocultarlo.

–Pedimos algunos favores y pagamos al laboratorio de datación por radiocarbono de Ankara para que procesara de forma prioritaria los restos óseos, el cuero, el cañamo y las muestras de madera procedentes del derrumbamiento. Los resultados muestran que todos ellos son de alrededor del 200 a. C., lo que concuerda con el tipo de objetos de bronce que encontramos cerca de los restos humanos. También datamos una astilla de madera de la caja del mapa y los restos orgánicos de alrededor del artefacto, que podrían ser de una cubierta de tela, como un saco. La misma época. Para confirmarlo, Mazhar consiguió que un colega de su universidad hiciera una prueba en un trocito de bronce del propio mecanismo del mapa. Había una mota de corrosión más pequeña que un grano de arroz en uno de los engranajes accesibles del interior de la caja. La prueba indicó más o menos la misma antigüedad que todo lo demás. Este mapa tiene más de dos mil años. Déjeme preguntarle: ¿qué es lo primero que le viene a la mente al mirarlo?

Oguz lo estudió y luego exclamó:

–¡Parece sorprendentemente moderno! Aparecen todos los continentes. Todos los océanos.

–Los mapas del mundo con todos los continentes no existieron antes del siglo XIX –dijo David.

–Entonces, ¿cuál es la explicación?

David se había sentido totalmente indefenso una única vez en su vida, cuando se vio atrapado por una corriente de resaca de pequeño durante una excursión familiar a Cape Cod. No había nada que sus brazos y piernas pudieran hacer

para luchar contra la corriente, estaba a punto de rendirse al arrollador poder de la naturaleza cuando los brazos de su padre lo rodearon. Mirar fijamente aquel antiguo objeto le hacía sentir como si estuviera a punto de ser engullido por la misma enorme fuerza.

–No tengo una respuesta –dijo con un hilo de voz.

–¿Qué idioma es este? –preguntó Oguz, acercando la cara a la placa.

–Es griego antiguo –dijo David, saliendo de su aturdimiento–. La forma en que todas las letras están en mayúsculas sin espacios ni signos de puntuación es típica del griego koiné del periodo helénico.

–¿Qué es lo que pone?

–Si fuera babilonio o hitita, me resultaría fácil. En la universidad hice un curso de griego, y había espacios entre las palabras. La única palabra de la que estoy seguro es esta.

Cogió el bolígrafo y utilizó la punta para señalar dos letras, γη, que aparecían justo debajo del eje central.

–Es GE, pronunciado ye, significa «mundo». Solo que este mapa no se corresponde con el mundo que conocían los antiguos griegos. Lo que está viendo es imposible.

–¿Para qué crees que sirve esta caja imposible? –preguntó Oguz.

–No tengo ni la menor idea –dijo David, pronunciando cada palabra lentamente–, pero hay algo de la misma época de una complejidad similar. ¿Ha oído hablar alguna vez del Mecanismo de Anticitera?

–¿Qué es?

–Volvamos –respondió recolocando la caja sobre el objeto–. Le mostraré unas fotos.

Al volver a la cámara de trabajo, Mazhar le preguntó a Oguz:

–¿Qué opina de nuestro pequeño milagro?

El hombre de negocios se rascó su escaso cabello.

–No sé qué decir.

David acercó una segunda silla plegable a su escritorio y abrió el portátil.

–El Mecanismo de Anticitera es, si queremos llamarlo por su nombre, una máquina de la época helénica increíblemente sofisticada para su tiempo. Fue descubierto en un naufragio en 1901, en aguas de la isla griega de Anticitera, junto a un tesoro de la antigüedad: caballos de mármol de tamaño natural, una enorme estatua de Heracles, joyas, monedas y cientos de obras de arte que datan del año 200 a. C. aproximadamente. El Mecanismo de Anticitera se descubrió como un trozo de bronce muy corroído, unido a fragmentos de madera, lo que sugiere que estaba alojado dentro de una caja, rodeado de docenas de piezas de bronce más pequeñas. Este es el aspecto que tenía cuando lo encontraron.

La foto mostraba un amasijo metálico cuadrangular, de color verde azulado, con un disco central parecido al timón de un barco.

–¿Es un engranaje? –preguntó Oguz.

–Exactamente –respondió David–, uno de los cuarenta engranajes identificados hasta la fecha.

–¿Para qué servían?

–Resulta increíble que se construyera hace más de dos mil años, porque el Mecanismo de Anticitera es el primer ordenador analógico conocido. Era una calculadora astronómica que los griegos utilizaban para predecir las posiciones del zodiaco y los eclipses décadas antes de que ocurrieran. Lo sabemos gracias a las inscripciones descifradas de las placas delantera y trasera, a la tomografía computarizada de los fragmentos y a la creación de modelos virtuales de su funcionamiento. El operador hacía girar los discos y las ruedas de la cara frontal para accionar un sistema de engranajes del que se sentiría orgulloso un relojero moderno. Las lecturas se mostraban en la parte posterior, donde las flechas giraban y apuntaban a una pantalla espiral repleta de caracteres. Aquí

hay un vídeo que muestra cómo los mecanismos se habrían engranado y girado para mover las flechas.

Reprodujo el clip y se mostró de acuerdo cuando Oguz dijo que parecía imposible que algo que tenía un aspecto tan moderno procediera de la antigua Grecia.

—Quiero leerle una cita de un ingeniero mecánico que estudió el Mecanismo de Anticitera —dijo David—: «Es sencillamente algo fuera de este mundo, si tenemos en cuenta lo que sabemos de la tecnología griega de esa época. No existe nada que se le acerque remotamente en los siglos o tal vez milenios posteriores. Es tan extraordinario en cuanto a sus requisitos de precisión y capacidad de fabricación que no se corresponde con lo que creemos que los griegos podrían haber conseguido. Pero no nos queda otra que aceptar el funcionamiento de la máquina y que los griegos la fabricaron. A menos que provenga del espacio exterior, tenemos que descubrir la manera en que los griegos pudieron fabricarlo».

—De acuerdo —dijo Oguz—, pero ¿qué relación tiene con nuestro descubrimiento?

David tomó buena nota de la expresión posesiva que había empleado su benefactor.

—¿Se fijó en los agujeros en la caja? El Dr. Erduran dispone de un pequeño endoscopio de fibra óptica para observar el interior de los componentes electrónicos. ¿Puedes enseñárselo, Mazhar?

Mazhar sacó un cable largo y fino conectado a una cámara y dijo:

—Con esto se podría hacer una colonoscopia a un ratón.

—Este es el aspecto del interior de nuestra máquina —añadió David, haciendo clic en un archivo.

Una imagen llenó la pantalla de un montón de engranajes de dientes finos e interconectados, alojados dentro de los oscuros confines de una caja de madera.

—Se parece al vídeo de Anticitera —comentó Oguz.

–Sí, así es –dijo David.

–Entonces, ¿qué hacemos ahora?

Nuevamente hablaba en plural. Esta vez, David sonrió.

–Tenemos que averiguar qué hacía esta máquina aquí y para qué se utilizaba. Eso significa consultar con expertos. Me he puesto en contacto con el Instituto Anticitera de Atenas, el principal centro del mundo para su estudio, y he compartido una foto. La directora del instituto, la Dra. Eleni Lillakis, estaba extremadamente emocionada. Ha aceptado verme pasado mañana.

Oguz frunció el ceño.

–¿Te vas a Atenas?

–Por unos días.

–¿No puede venir ella?

–Su madre se está muriendo de cáncer. No puede salir de Atenas.

Oguz paseó la mirada por la sala de trabajo y dijo:

–David, ¿hay algún sitio donde podamos hablar?

En lugar de llevar a su visitante a un lugar apartado del complejo, David preguntó a Mazhar y a los demás si podían concederles unos minutos.

Cuando la cámara se vació, Oguz dijo:

–Mira, David, quiero ser franco contigo. Estoy preocupado. No me malinterpretes. Me doy cuenta de que el descubrimiento es fascinante, pero ¿no nos distrae de la misión que me planteaste? Acepté financiar este proyecto para mostrar al mundo las maravillas de la antigua cultura anatolia. Me interesan las raíces turcas autóctonas de Derinkuyu, las raíces anatolias. Temo que esta caja de engranajes acapare todos los titulares y glorifique a Grecia. A nadie le importará nuestra misión principal. Y me preocupa que tu ausencia del lugar en esta fase crítica y temprana repercuta negativamente en el trabajo que queda por delante.

–Entiendo su preocupación –respondió David–. No es lo que hemos venido a hacer aquí, pero tenemos que ocuparnos

de este objeto extraordinario. Podría ser el hallazgo arqueológico del siglo, quizá del milenio. No podemos ocultarlo bajo la alfombra. Necesitamos respuestas. Se acabará corriendo la voz. Por muy tangencial que pueda resultar para los objetivos de la expedición, contar con la opinión de la Dra. Lillakis es fundamental. Estaré fuera poco tiempo. Mientras tanto, nuestro equipo terminará de fotografiar y escanear con láser los restos humanos para poder embalarlos y enviarlos a Ankara. El Dr. Erduran está esperando una pieza de repuesto de Alemania. Podrá instalar su escáner de muones en la nueva cámara en cuanto llegue. Con suerte, podremos encontrar zonas intactas con otros objetos que nos ayuden a comprender los orígenes anatolios de Derinkuyu.

–Unos pocos días –dijo Oguz con seriedad–. ¿Estás seguro de ello?

A David se le ocurrió que Oguz le trataba como si fuera uno de los empleados de su fábrica de cemento. Mantuvo la calma y le aseguró que volvería a Turquía en cuanto tuviera respuestas.

–Volaré de vuelta a St. Louis por la mañana. Mantenme informado –Oguz volvió a fruncir el ceño, y David se preparó para una nueva reprimenda–. El camino hasta la superficie es largo –comentó–. Dile al chaval que me quedo con sus calcetines.